

¡Qué tiempo tan feliz!

Por JUAN PEDRO APARICIO

Este texto es un fragmento de la novela que, con ese título, publicará próximamente el novelista Juan Pedro Aparicio en la colección Los Libros de la Candamia de Ediciones EDILESA. Esta primicia editorial es una muestra más de la amistad con la que nos honra J. P. Aparicio. Gracias, en nombre de los lectores de La Veiga.

Ahora quiero hablaros de la memoria.

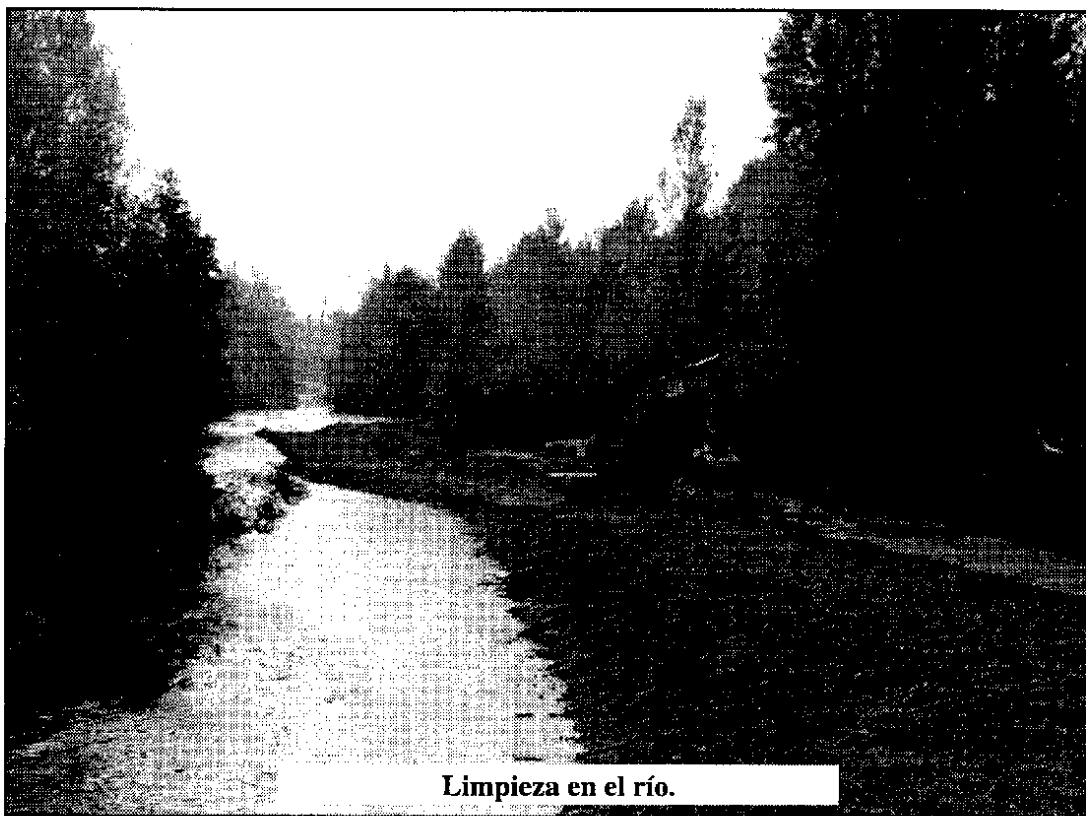
No es fácil recordar cuándo se ha visto por primera vez a un escritor. Yo, desde luego, por más que lo intento, no soy capaz de recordarlo. No al menos con esa nitidez única con que recuerdo, por ejemplo, cuándo vi por primera vez a una persona de raza negra. No debía tener más allá de siete años, eran las fiestas de San Juan y San Pedro en León y había instalados en los campos de Papalaguinda un teatrillo de variedades y un circo. Recuerdo que dos o tres chicas negras, que sin duda trabajaban en alguno de ellos, cruzaban la calle Lancia en dirección al jardín de San Francisco camino de una pensión, seguidas de una patulea de chiquillos, que tampoco habían visto nunca a un negro. Debo añadir que yo seguía más a los otros chiquillos que a las chicas negras, a las que recuerdo altas y desgarradas, con vestidos largos y coloristas, que nos miraban un tanto alarmadas por la desafiada expectación que habían levantado.

Os diré, en cambio, que sí recuerdo cuándo fui mirado yo mismo por primera vez como un escritor, o, mejor todavía, como un verdadero escritor. Hay miradas que, aunque se esté entre una multitud, uno sabe que le pertenecen. Cuando en el vagón del metro o en el autobús sorprendéis unos ojos que valoran la posibilidad de intentar sobre vuestros bolsillos el malévolo ejercicio de sacaros la cartera, he ahí una.

Pero hay muchas más. Miradas que son casi como un impacto físico, que en el ñu o la cebra provocan el salto súbito por delante de las fauces del león, entre quiebros y fintas en las que se van a jugar la vida.

Yo, como digo, recuerdo muy bien el día en que fui mirado por primera vez como un escritor y si no eché a correr despavorido fue porque me retenía el pesado lastre de unas elementales normas de urbanidad. Quien así me miraba era un matarife jubilado que ejercía de guardaespaldas en el bingo de un hotel madrileño cuya cafetería yo frecuentaba, y que, cuando se enteró de que había ganado el Premio Nadal, se me acercó a la barra en la que esperaba a otra persona. Aquel hombre rudo, con el corpachón compacto y la cabeza como un gran huso de madera, una cabeza de guerrero turco, me dijo:

-Aparicio, ¿qué quieres tomar? Te invito a lo que quieras. Un premio como el tuyo no lo gana cualquiera. Soy Calahorra -y al decir su nombre me tendió una mano, tan grande y ancha como una tabla de cortar, en la que metí la mía con aprensión-. Trabajo aquí en el bingo. Y tengo una novela.



Limpieza en el río.

No me hice ilusiones. Acaso podía haber pensado -se trataba al fin y al cabo de una persona con evidentes limitaciones culturales- que me estaba hablando de una novela indeterminada que tenía como pieza única de su biblioteca, pero sabía muy bien a qué se refería.

Para hablar, Calahorra se me pegaba y casi me empujaba como si quisiera entregarme sus palabras con el aliento. Su corpachón había tomado la función de una gran tela de araña, sus efluvios sudoríparos y demás emanaciones glandulares formaban el denso y húmedo tejido de aquella malla, de modo que veía su cara tosca tan pegada a la mía como la mosca debe de ver el rostro de la araña. No sé si llegué a hacer un instintivo gesto de rechazo con el brazo porque Calahorra pareció reaccionar.

- Si te molesto, no te digo nada ¿eh?

- No, por Dios, le dije. Y me hundí en la miseria.

Calahorra me propuso que firmáramos a medias un manuscrito suyo para presentarlo al premio Planeta que, según razonaba, daba mucho más dinero que el premio Nadal. En seguida me explicó que su novela era una especie de "La Colmena" de Cela, aunque con un protagonista menos colectivo, puesto que, aclaró, trataba de la vida de un torero y de su barrio.

La referencia literaria me llamó poderosamente la atención, pero el instinto de conservación pudo más y os doy mi palabra de honor de que no mostré hacia su manuscrito la menor curiosidad. Fue igual. Yo tomaba café con algunos amigos cada siete días en aquel bar y volví a ver a Calahorra a la semana siguiente. Llevaba un paquete muy voluminoso entre los brazos. Era su manuscrito.

- Toma, me dijo, ahí tienes, te lo entrego delante de testigos-

Curioso que dijera eso: "delante de testigos".

No sé cómo explicarlo. No podía negarme a leerlo si no quería herir a Calahorra. Tampoco voy a negar que tenía además una cierta curiosidad por saber cómo se reflejaba el carácter y, sobre todo, el oficio de Calahorra en su novela, un hombre que había matado con sus propias manos a cientos de miles de animales entre vacas, corderos y cerdos, puesto que había sido matarife de uno de los más importantes mataderos de Madrid.

No sé si habéis visto alguna vez actuar a un matarife. Espera a pie a los cuadrúpedos que se

le acercan suspendidos por una de las patas traseras y, sin que casi se detengan, les lanza una terrible cuchillada al corazón. El efecto es como si abrieran de sopetón las compuertas de un río de sangre y el animal muere en poco más de un estertor. Así, uno tras otro, decenas de animales a la hora, centenares, acaso miles al día.

Yo no podría quitármelo de la cabeza. Provocar la muerte de seres que tienen como nosotros cuatro extremidades, corazón, cabeza, ojos y oídos, lengua, glándulas sexuales, capacidad de gozo y sufrimiento tiene que afectar a la personalidad y eso era lo que yo quería rastrear en la novela de Calahorra. Intentad, si no, clavar un cuchillo en el corazón de una vaca. Clarín debió de pensarlo muchas veces antes de escribir su cuento "Adiós Cordera".

Bueno, pues caí en la tentación y cometí el error de llevarme el pesado manuscrito a casa. Unos centenares de folios oscuros como pan de centeno con los rebordes gastados y enrollados por el exceso de manoseo. Se titulaba nada menos que "Zafarrancho de grana y oro". Lo leí. Calahorra no era Clarín. No voy a hablar de la sintaxis, propia de Sitting Bull, o de la ortografía, inexistente, sólo de la historia, una historia que se había quedado por contar, a pesar de los más de quinientos folios, y por las dos caras, que sobrepasaban con holgura los mínimos requeridos por las bases del Planeta, una historia jamás contada, sólo pergeñada folio a folio como a impulsos de una ruda voluntad arbitraria y mudable que, eso sí, caían sobre el papel como puñetazos o como cuchilladas. Cada una de aquellas hojas resobadas había recibido el golpe certero del matarife Calahorra.

El argumento, no obstante los espontáneos y múltiples meandros narrativos y la confusión de espacio y tiempo, se

presentaba con cierta claridad. Un chico de barrio, del barrio de Calahorra, llega a figura del toreo. En lo más alto de su carrera se desplaza a México y como si Calahorra lo castigara por abandonar la península, o acaso las proximidades del barrio, se enamora de una lagartona que sólo quiere su dinero. Para colmo, en una plaza azteca es corneado gravemente.

No recuerdo muy bien el final, pero tengo la vaga idea de que, a duras penas restablecido de sus heridas, la lagartona consigue llevarlo a la miseria. Claro que previamente Calahorra se ha asegurado la redención del barrio, de su barrio, haciendo que su héroe reparta millones por doquier. De modo que el chico cae, pero el barrio se salva.

Calahorra había escrito frases como ésta: "El chico del barrio va a la plaza de toros de Méjico que es enorme de grande y nada más salir al alero se le pusieron de corbata. O como ésta: "Y como Méjico era tan enorme porque era muy grande el chico del barrio ba y se acordava de Madrid y de los tíos del barrio, de todo quisque y es que era más bueno que Dios y siempre que podía se acordava del barrio".

Pero lo mismo que no había sabido zafarme del compromiso de llevarme el manuscrito, tampoco supe luego decirle a su autor que sería mejor que siguiera dedicándose a sus labores de guardaespaldas del encargado de la caja de un bingo, sino que, con ánimo de quitármelo de encima de un modo suave, le sugerí que tal vez podía presentarlo en alguna cadena de televisión, porque tenía más de telenovela que de otra cosa. "Por su desnudez de escritura - creo que le dije literalmente- no sería muy difícil de transformar en un guión para la televisión".

No sé lo que quiso entenderme, porque los ojos astutos le brillaron como un charco. Se sonrió muy ufano.

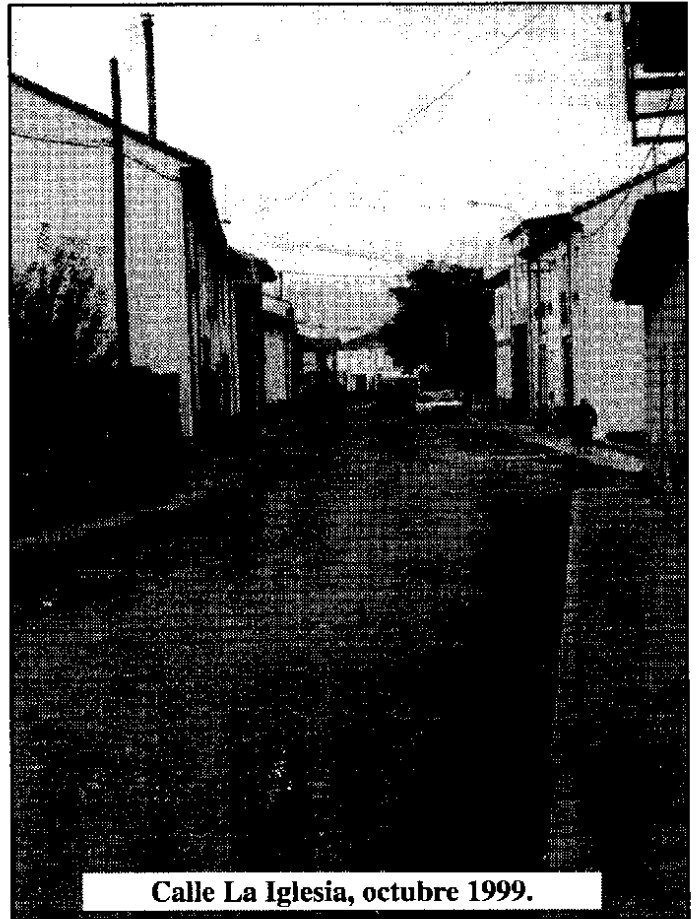
- A que te parece que la mexicana tenía que estar de puta madre -me dijo, tomando lo de la desnudez de la escritura por un elogio al contenido erótico del texto-. Esto le va muy bien al premio Planeta- , añadió con un convencimiento pétreo.

Esbocé una aclaración que se me hizo más larga de lo deseado, pero en la que quedó meridianamente claro que la desnudez no se refería a que abundaran más o menos en el libro escenas amorosas de una chusquedad imposible de evocar, sino a las deficiencias de escritura.

- Un libro está poco escrito -le dije- como una comida está poco hecha, hablamos entonces de escritura desnuda lo mismo que de comida cruda.

Puedo juraros que Calahorra me miraba ahora con la misma fascinación asombrada que yo había mirado a aquellas chicas de color del circo cuando niño, así que redobló su empeño con un entusiasmo que no admitía rechazos. Muy persistente, su argumento era sencillo y tenía mucho que ver con mi suavidad para quitármelo de en medio.

- Eso es precisamente lo que quiero de ti -exclamó-, que tu pongas la escritura, o sea el guiso, la cocina, como yo he puesto las ideas y la historia, luego la presentamos juntos al Planeta y nos repartimos los millones del premio, la mitad para ti, la mitad para mí . Todo lo cual remató con un "¿No me entiendes?" que me resultó de lo más hiriente, aunque acaso sólo hubiera querido ser halagador, como si Calahorra



Calle La Iglesia, octubre 1999.

subrayara que ya me había puesto a su altura.

Pero yo pensaba en otra cosa. Pensaba en que la cara de Calahorra ponía en duda esa aseveración científica de que no hay rastro genético del hombre de Neanderthal en el europeo moderno. Insistí en mis argumentos y Calahorra dio un paso atrás como para mirarme desde una perspectiva más abarcadora. No llevaba gafas pero miraba de abajo arriba como si sus ojos tuvieran que sortear la barrera de unas lentes. Me escrutaba.

Descubrí entonces con horror que Calahorra era un hombre optimista. Respiraba cavernosamente, pero hasta ese fuelle herido de su grandes pulmones parecía propagar un viento de optimismo.

-¿Quieres más del cincuenta por ciento? ¿eh?-, me dijo, y sin esperar respuesta, exclamó- :¡Qué jodido! -para añadir acto seguido-: Lo estudiamos, lo estudiamos, tú ponte a trabajar, no perdamos más el tiempo.

Y me dio la espalda para volver a sus obligaciones en la sala de bingo. Era toda una lección. Estaba claro que Calahorra como escritor también había perdido la inocencia. Lo que acaso tenga mucho que ver con lo que ha pasado a ser el libro en nuestra sociedad de consumo: ese objeto que se vende, y que una vez vendido ha cumplido su función, sin que importe que sea o no leído. Hay que estar en las listas de ventas, eso es lo importante. En ese sentido Calahorra era un moderno.